

tuvo gran importancia castrense, sobre todo desde que al consolidarse la reconquista cristiana hasta la cordillera Carpetovónica quedó seriamente amenazado el reino moro de Toledo; a las postrimerias del mismo se refieren algunas leyendas religiosas que tuvieron por escenario las cercanías de Hita, como la aparición de la Virgen de Sopedrán al moro Alí y las curas milagrosas en la Fuensanta; entonces, y desde mucho antes, ya existía la importante villa, emplazada a menos de media ladera del cerro y surgida al amparo de la fortaleza que le coronaba, mencionándola el Poema del Cid cuando, desterrado el de Vivar, se dirigía a Valencia y tomó de rebato a Castejón, ordenando luego a su lugarteniente Alvarfáñez que corriese y estragase la tierra hasta Guadalajara y Alcalá. La plaza fuerte de Hita era y continuó siendo la principal del valle del Henares, no sólo por el emplazamiento como por su situación estratégica; al nombrarla se hacía caso omiso de la población nacida a su cobijo, y así dice a comienzos del siglo XIII el poeta Gonzalo de Berceo en su «Vida de Santo Domingo»:

*Fita es un castiello fuert et apoderado (poderoso)  
infito et agudo, en fondón (campaña o vega) bien poblado.*

El turbión almoravide y después las frecuentes disensiones entre los reinos castellano y aragonés, hizo que se cuidara la línea militar del Henares, no obstante los continuos avances de la reconquista hacia el Sur; el extenso y codiciado señorío de Hita fue dado sucesivamente a esclarecidos magnates muy adictos a la Corona, y entre ellos he de destacar a los Orozco, dueños de muchas posesiones en tierras alcarreñas, y que, por estar enclavada la villa realenga de Guadalajara casi en el centro de sus dominios, en ella tuvieron su casa solariega, así como en la iglesia de San Gil capilla sepulcral propia, recubierta de bellos atauriques moriscos; la personalidad más notable de esa familia fue Iñigo López de Orozco, ricohombre que se batió heroicamente en la batalla del Salado, fue muy favorecido por Alfonso XI y tuvo gran influencia con Pedro I, haciéndose sentir su mecenazgo en la villa de Hita, donde fue en aumento la nobleza burguesa, hasta ser muy numerosos los «linajes» o hijosdalgo. Entablada la lucha dinástica, Iñigo López de Orozco acabó por pasarse al bando de Enrique el Bastardo, que, como se sabe, fue vencido en la batalla de Nájera y hecho prisionero el señor de Hita y Buitrago, al que hizo ajusticiar el rey don Pedro por traidor, confiscándole todos sus bienes.

Si los numerosos dominios de López de Orozco hubieran sido repartidos entre diversos nobles, el porvenir de Guadalajara, Hita y otras muchas poblaciones de la actual provincia de Guadala-